

La formación de la clase obrera inglesa de E. P. Thompson

Sheila Rowbotham

University of Manchester

El azar es algo extraño. En la lista de agradecimientos de Edward en el prefacio a *La formación de la clase obrera inglesa* aparece un «Sr. Richard Cobb»^[1]. Richard se convirtió en mi tutor en 1962, cuando yo estaba cursando mi segundo año como estudiante en St Hilda, en Oxford. Fue un auténtico paso adelante para mí y reavivó mi debilitado interés por la Historia. Me había pasado el primer año dando tumbos entre Gibbon y Macauley desconcertada ante el feudalismo, con la intención de embarcarme en una carrera como actriz. Mis ensayos, preparados la noche anterior a las tutorías, eran tan irrisorios que corría el riesgo de que me echaran.

Richard era un tipo inusual de académico de Oxford. Se había dedicado durante muchos años a rastrear los archivos de París en busca de sus queridos *sans-culottes*. Cuando le conocí era sumamente culto y totalmente irreverente, una especie de cascarrabias anarquista no ideológico. Aun-

que ese mismo carácter le haría inclinarse más tarde hacia la derecha, a principios de los sesenta era todavía de izquierdas. Este hombre delgado, caprichoso y lleno de humor era un profesor desafiante e inspirador y yo solía buscar con celo artículos desconocidos que él no hubiera leído, sin éxito.

Antes de llegar al Balliol College de Oxford, Richard había trabajado en la Universidad de Leeds, y al enterarse de que yo venía de Leeds, fue él quien me instó a ir a ver a sus amigos, los Thompson, que vivían cerca, en Halifax. «Escriben sobre el cartismo» comentó vagamente, moviendo los brazos en el aire. Me ponía nerviosa presentarme ante gente que no conocía, pero el tiempo apremiaba durante las vacaciones en los suburbios de Roundhay y el cartismo me llamaba. Animada por la amable voz de Dorothy Thompson cuando llamé por teléfono, me dirigí en autobús a su casa, Holly Bank, preguntándome cómo serían.

Dorothy me recibió cálidamente en la puerta. Observé con aprobación su jersey negro de cuello alto y sus pantalones negros, nada que ver con los trajes que aún llevaban mi madre y sus amigas. Por fin apareció Edward, un hombre alto de facciones curtidas y marcadas, con un mechón de pelo que apartaba continuamente y volvía a caer otra vez. Llevaba una vieja chaqueta deportiva con coderas de cuero, que más

1.-E.P.Thompson, *The Making of the English Working Class*, Penguin Books, 1982, p. 13.

*Sheila Rowbotham, «The Making of the English Working Class of E. P. Thompson». Intervención en el especial de la BBC3, «The Making of the English Working Class: The Enormous Condescension of Posterity» (abril de 2024). Agradecemos a Eleri McAuliffe, director de Programación, su amabilidad para publicar este texto. Traducción de Antonia Tato Fontaiña.

tarde yo asociaría ya con los profesores del Departamento Extramuros de la Universidad de Leeds.

Había estado escondido. Mi voz nerviosa al teléfono musitando algo sobre Richard Cobb les había provocado una aguda ansiedad. Dorothy y Edward habían temido que yo fuera alguna conquista juvenil de Richard, embarazada y abandonada, que venía a compartir mis penas. Sólo cuando Dorothy asomó la cabeza por la puerta de su estudio, vocalizando en silencio «no pasa nada» se atrevió a entrar en la cocina. Me hicieron sentir a gusto, me dejaron hojear sus libros y me llevaron a ver a los Halifax Thespians que representaban la obra de Harold Pinter *The Caretaker*. Iba a ser la primera de muchas visitas^[2].

En 1962 Edward ya había escrito la biografía de William Morris, que se extendía para contar la historia del socialismo de finales del siglo XIX, así como un maravilloso ensayo, «Homenaje a Tom Maguire», sobre el combativo dirigente del «nuevo sindicalismo» que escribió poemas sobre las trabajadoras de Leeds^[3].

Estaba corrigiendo el manuscrito de *La formación de la clase obrera inglesa* y me prestó las pruebas, que leí con creciente entusiasmo. Me encontré entrando en la Inglaterra de los artesanos que hacían pantalones, los tejedores de seda de Spitalfield, los metodistas renegados, los calvinistas severos y los apasionados anabaptistas, por no hablar de los «*mudlarks, scufflehunters*,

2.- Ver Sheila Rowbotham, *Promise of a Dream*, Allen Lane, Penguin, London 2000, 2001, Verso, 2019 y Sheila Rowbotham, *Daring to Hope: My Life in the 1970s*, Verso, London 2021. También escribí sobre la influencia que Edward y Dorothy tuvieron en mí en *Remembering Dorothy and Edward*, (pamfleto) pastpixels, Worcester, 2012.

3.- E. P Thompson, *William Morris, Romantic to Revolutionary*, Merlin Press, London, 1955, 1976, 1996, 2019; E.P. Thompson, «Homage to Tom Maguire», eds. Asa Briggs and John Saville, *Essays in Labour History*, Macmillan, London, Macmillan 1960, pp. 276-316

bludgeon men, bear baiters marroquíes, cocheros de ocasión y juglares ambulantes»^[4].

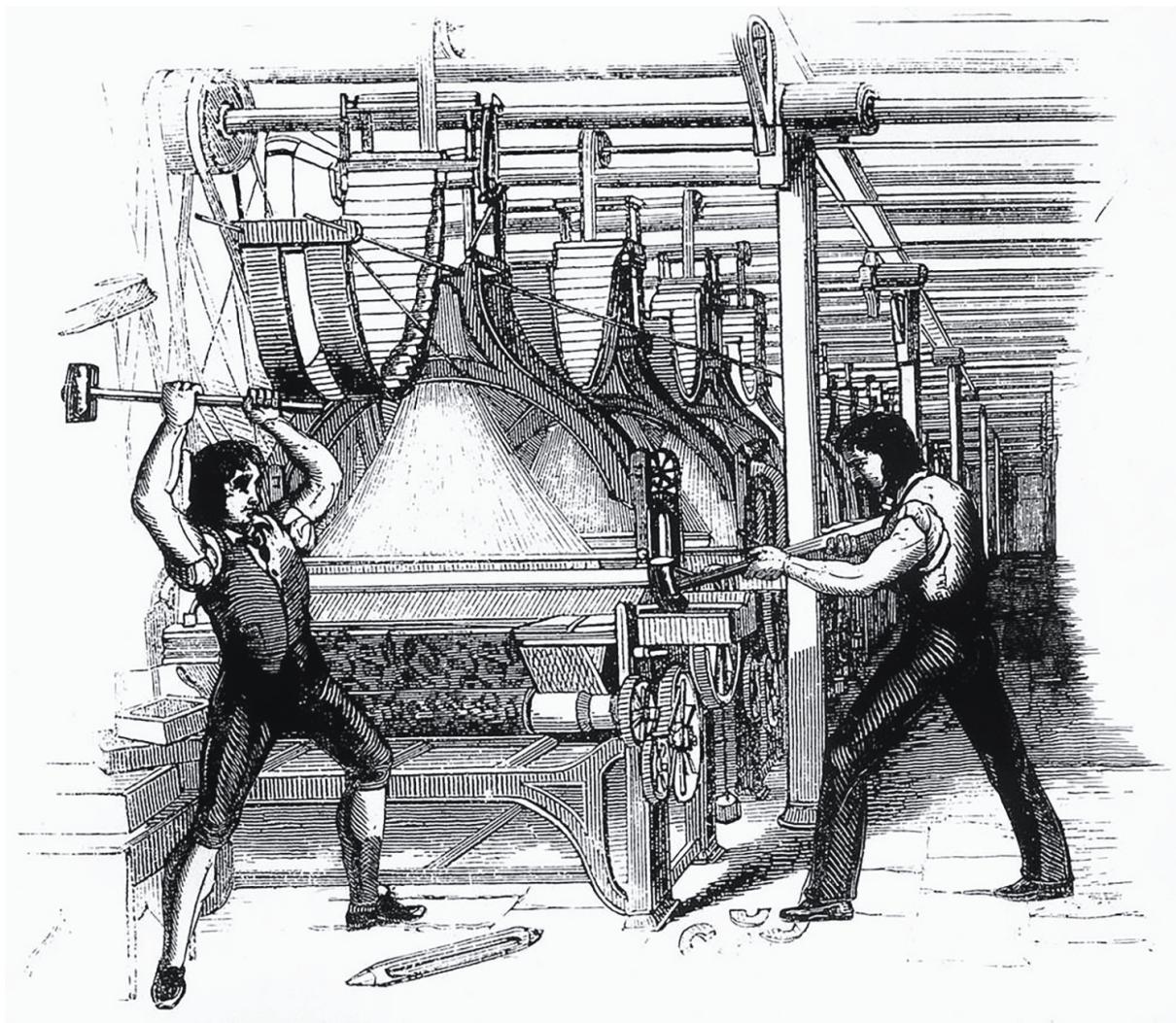
Su relato de cómo la transformación económica condujo a nuevas formas de organizar la industria que afectaron a las experiencias cotidianas de hombres y mujeres me causó una profunda impresión. Él demuestra cómo, en medio de circunstancias cambiantes, surgieron nuevas condiciones de trabajo y de vida cotidiana que afectaron al comportamiento y a los supuestos habituales.

Yo había estudiado la «revolución industrial» como un proceso remoto y distante, pero *La formación de la clase obrera inglesa* de Edward, me metió de lleno en lo que significó vivir la tremenda convulsión que se produjo desde la década de 1790 hasta la de 1830, a medida que las viejas habilidades y prácticas laborales quedaban relegadas a un segundo plano y otras nuevas empezaban a predominar.

Es cuidadoso al señalar que las circunstancias en las zonas pobres antes del sistema de fábricas no habían sido nada idílicas, citando la observación del político radical Francis Place sobre cómo en las ciudades de Lancashire «un extraño que pasaba por allí» era susceptible de ser «aclamado», es decir, abucheado, y a un «forastero» a veces lo apedreaban»^[5]. No obstante, como los trabajadores se habían acostumbrado

4.- E.P. Thompson. The Making of the English Working Class, p. 59. [Se refiere aquí el autor a los tipos urbanos en Inglaterra entre finales del siglo XVIII y principios del XIX. Los *mudlarks* eran niños que peleaban por un poco de dinero, pero hace referencia también a adolescentes que robaban en barcos amarrados y astilleros. Los *bludgeon men*, «hombres con porras» puede referirse a una pandilla callejera pero también era un apodo despectivo que se daba a la policía. Los *scufflehunters* eran individuos de las clases urbanas más pobres que ofrecían servicios de porteadores en los muelles y si la ocasión se prestaba aprovechaban para robar. Los *bear baiters*, hostigadores de osos, organizaban peleas entre un oso encadenado y perros]. N. de la T..

5.- Ibídem p.451.



Ludistas destrozando un telar en 1812 (Wikimedia Commons).

a vivir en medio de redes de supervivencia básica, habían encontrado la manera de salir adelante.

A medida que las viejas formas de hacer las cosas se desintegran y disminuían, estas estrategias dejaron de ser posibles. Aunque junto a ellas surgieron otras nuevas, sus consecuencias no fueron uniformes. Mientras una minoría prosperó en medio del cambio, muchos no lo hicieron. Edward captura el dramático impacto de este proceso yuxtapuesto, rastreando una conciencia emergente entre las personas carentes de poder a través de una mirada de aspiraciones olvidadas hace mucho tiempo. A veces organizaban protestas pa-

cíficas masivas. Cuando éstas fracasaban, las privaciones y lo desconocido daban lugar a respuestas extremas; la represión hacía necesario el secretismo. Meticulosamente el autor permite a sus lectores ver y oír lo que hicieron y dijeron. Además, al reunir innumerables fragmentos, deja constancia de una conciencia soterrada de que algún tipo de cambio transformador era necesario.

La formación de la clase obrera inglesa fue mi introducción a una nueva y estimulante forma de ver la historia del siglo XVIII y principios del XIX y me cautivó, aunque tuve que luchar con algunas referencias desconocidas. Nunca antes me había to-

pado con el término de William Cobbett para referirse a los reformistas moderados, «shoy-hoys», pero pude deducir del texto que eran espantapájaros^[6]. Pero cuando Edward describe el Everlasting Gospel de William Blake como una «afirmación casi antinomiana de la alegría de la sexualidad y la afirmación de la inocencia»^[7] me quedé perpleja, pues nunca había visto a ningún antinomiano. Me quedé aún más confusa cuando Edward y Dorothy se echaron a reír y afirmaron que yo era una de ellos.

Sin embargo, aunque muchas cosas eran reveladoras, había suficientes puntos de referencia reconocibles para que pudiera relacionar lo que estaba leyendo con cosas que ya sabía. Me había criado en West Yorkshire y muchos de los lugares que Edward menciona me resultaban familiares; no sólo Leeds y Bradford, sino también otros más pequeños como Heptonstall y Holmfirth, Cleckheaton, Heckmondwike, Pudsey y Todmorden.

Además, como yo ya había descubierto a intelectuales y escritores radicales como William Godwin y Mary Wollstonecraft, pude ver cómo la obra de Edward se extendía más lejos y profundizaba más. Fue emocionante que me presentaran a los miembros de la Sociedad de Correspondencia de Londres o a los representantes de la Asociación de Bath y Bristol, y alentador encontrarme con John Thelwell tronando contra el sistema de fábricas^[8].

Junto a la rebelión manifiesta, Edward descubre un descontento social menos explícito a través de una multitud de voces que expresan perplejidad, quejas y protestas cuando el suelo habitual cede bajo sus pies. «A mí tampoco no me importa la polí-

tica, pero soy cartista»^[9]. También recurre a una amplia gama de fuentes, incluidas canciones: «Wey liv't on nettles while nettles were good» («Vivimos de ortigas mientras las hubo»)^[10]. «Vosotros tiranos de Inglaterra, pronto se acabará vuestra carrera, / pronto tendréis que rendir cuentas por lo que habéis hecho»^[11]

Cuando leí *La formación de la clase obrera inglesa* a principios de los sesenta, me di cuenta de que no se parecía a ningún libro de historia que hubiera leído antes. Combinaba una sensación de inmediatez, descripciones vívidas y gran dramatismo, con un profundo desafío conceptual a la suposición de que la historia debía contarse sólo desde el punto de vista de los gobernantes. Me enseñó que la conciencia rebelde surge de una compleja mezcla de experiencias y adopta muchas formas.

Retrospectivamente, por supuesto, es evidente que hay omisiones. Por ejemplo, no hay ninguna referencia a cómo la riqueza en Inglaterra se había acumulado a través de la esclavitud y, al igual que la mayoría de los otros historiadores que escribían en la década de 1950 y principios de 1960, Edward se centra predominantemente en las experiencias y las acciones de los hombres.

Estaba tan acostumbrada a este desequilibrio en la historia que aprendí como estudiante universitaria que apenas me di cuenta de estas lagunas. Pero sí me identifiqué con una de las pocas mujeres que aparecen, y le comenté por teléfono lo bueno que era leer sobre la valentía de Susannah Wright. Muchos años después, Edward me diría que eso le había hecho sentirse culpable por no haber dedicado más atención a las mujeres.

9.- *Ibídem* f.n. 3 p.266

10.- *Ibídem* p.323 [Verso tomado de *Jone o'Grinfilt Junior*, una balada de los tejedores] N de la T.

11.- *Ibídem* p.330 [versos tomados de *Lament*, otra balada de tejedores] N de la T.

6.- *Ibídem* pp. 824-5

7.- *Ibídem* p.411

8.- *Ibídem* pp.90-1



Tejedoras de seda en un taller de Spitalfields, Londres, en 1893 (Oxford Science Archive).

En cierto modo, *La formación de la clase obrera inglesa* fue un libro de su época. Sin embargo, en el contexto de principios de la década de 1960, irrumpió con fuerza en los confines de la forma en que habitualmente se escribía y se consideraba la historia. La combinación de erudición y compromiso radical hizo las delicias de muchos miembros de una nueva izquierda joven como yo y recordó a los socialistas más veteranos la permanente relevancia de la historia del trabajo.

Incluso después de tantas décadas, sigue siendo una fuente realmente notable para comprender la «creación» activa de una clase trabajadora y un testimonio rotundo de por qué necesitamos la historia desde abajo. Además, ha inspirado a una formidable serie de historiadores radicales de muchísimos países para seguir explorando el pasado a través de las experiencias de todo tipo de personas a las que se les negó la realización plena y el poder.